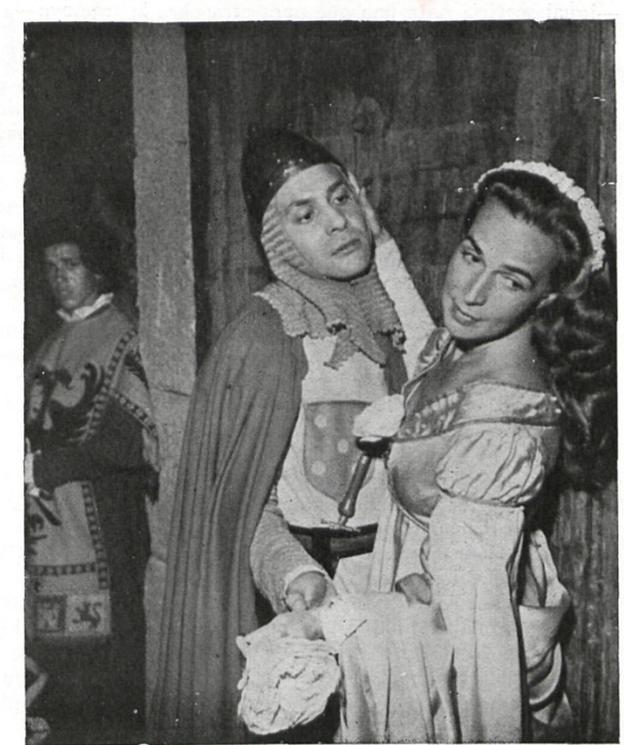
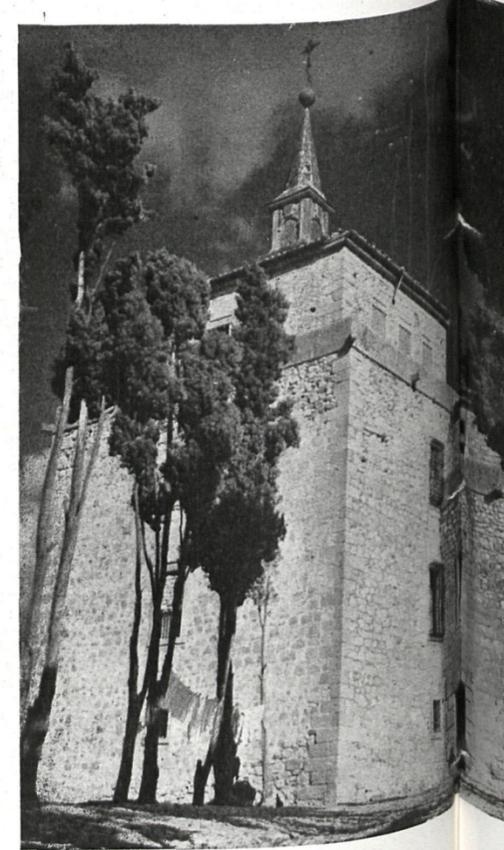


## UN CASTILLO PARA "LA VENGANZA DE DON MENDO"



Por primera vez se ha representado al aire libre y en un marco excepcional, en el que tal vez soñara el ilustre don Pedro Muñoz Seca, esa obra extraordinaria del humorismo español que se llama «La venganza de Don Mendo». El castillo de Villaviciosa de Odón, sin ninguna clase de aditamentos ni tramoya, fué este marco excepcional, y en él destacó extraordinariamente la fina comicidad de la obra y la gran calidad artística de sus principales intérpretes, José Luis Ozores y Maruchi Fresno.

### REPARTO

Magdalena	MARUCHI FRESNO
Azofaifa	MERCEDES BARRANCO
Doña Ramírez	ISABEL ALEMANY
Doña Berengueta	EULALIA SOLDEVILA
La Marquesa de Tarrasa	ARACELY
La Duquesa	LOLITA MORENO
Ninón	MARGARITA MUÑIZ
Esther	TACHIA QUINTANAR
Raquel	INES ITURRIOZ
Don Mendo	JOSE LUIS OZORES
Don Nuño	MANUEL CARRERAS
Don Pero	JOSE CALVO
Moncada	ANTONIO OZORES
Bertoldino	TEOFILO CALLE
Ali-Fafez	JOAQUIN M. PAMPLONA
Clodulfo	IGNACIO NIETO
Froilán	JOAQUIN M. PAMPLONA
Abad	JOAQUIN M. PAMPLONA
Alfonso VII	MANUEL ALEJANDRE
Girona	GREGORIO DIAZ VALERO
León	GREGORIO DIAZ VALERO
Don Lupo	MANUEL TORREMOCHA
Don Lope	MARCIAL GOMEZ
Aldana	MANUEL MONGUIO
Sigüenza	MANUEL GOMEZ DIAZ
Don Juan	GUILLERMO AMENGUAL
Luis de Oliva	GUILLERMO AMENGUAL
Don Gil	JUAN FERNANDEZ ACEDO
Marcial	JESUS ENGUITA

Equipos amplificación: Servicio Extensión Cultural de la Excelentísima Diputación  
 Regidor: JOSÉ GRANDE. Apuntador: JOSÉ LÓPEZ. Atrrezzo: MATEOS.  
 Vestuario: CORNEJO. Maquinista: RICARDO SANZ. Electricista: CARLOS OBIOL.  
 Decorados: EMILIO BURGOS  
 Director adjunto: HÉCTOR BIANCIOTTI. Colaborador: RAFAEL MUÑOZ LORENTE.  
 Dirección: GUSTAVO PEREZ PUIG

## Homenaje a Muñoz Seca en el Castillo de Villaviciosa de Odón

El ilustre comediógrafo don Pedro Muñoz Seca tenía bien ganado el homenaje que la Diputación Provincial de Madrid le rindió. Y lo tenía por múltiples motivos, entre los que destacan tres, preferentemente: el ser un autor teatral de excepcional grandeza, ahora reconocida; el ser un mártir de España, de vida ejemplar y muerte heroica, y el ser un madrileño.

Efectivamente, aunque nacido en el Puerto de Santa María, don Pedro Muñoz Seca aparece vinculado a Madrid, hasta el punto que resulta imposible evocar la historia de la capital durante los últimos decenios, sin que surja su figura sonriente, erizada de mostacho, llena de bondad y de ingenio. En las esquinas de Madrid resuenan, todavía, las carcajadas que la gracia de Muñoz Seca supo arrancar a un pueblo tan lleno de chispa; como que lo habitan los «chisperos».

Se eligió «La venganza de Don Mendo», entre sus muchas obras, porque con este homenaje la Diputación pretendió dar a su teatro las brillantes dimensiones al aire libre, que hacen ganar en calidad a las obras que la poseen auténticamente, en tanto miminizan a las que carecen de ella. El castillo de Villaviciosa de Odón —ese castillo donde aún parece pasear la sombra abúlica y triste de Fernando VI— se enriqueció así, con las peripecias de esta magnífica invención de uno de los ingenios más preclaros de nuestro siglo, caído por Dios y por España en la fecha triste del veintiocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis.



## ASALTO AL CASTILLO DE VILLAVICIOSA

**P**DARECIA más «Fuenteovejuna» que «La venganza de Don Mendo». No por el hecho de que un castillo auténtico sirviera de foro al tablado, ni por las gualdrapas y los cascos, cotas, estandartes y escudos que se veían —igual serviría para una que para otra obra la tramoya—, sino por el empuje del pueblo. Todos a una invadieron el recinto y lo colmaron y lo desbordaron.

Pero después de los apuros y de los aprietos, fué bueno aquello que ocurrió el domingo ante el castillo de Villaviciosa de Odón en la representación del «Don Mendo», organizada por la Diputación de Madrid como uno de los actos del «Día de la Provincia», dedicado este año al partido judicial de Navalcarnero.

Fué bueno, porque significa que el pueblo sigue consustancialmente unido al teatro. Hubiera acudido igual a un festejo taurino, a un partido de fútbol o a una proyección cinematográfica. Pero al teatro también acudió, y eso es lo que importa.

Fué bueno, porque así resultó más exacto el justamente merecido homenaje a don Pedro Muñoz Seca, el hombre con quien toda una generación quedó en deuda de risa sana, como apuntó en un breve y acertado preámbulo el señor Pombo Angulo. El hombre que hasta en el momento de ir a entregar seriamente su vida por el ideal más serio, supo hacerlo con buen humor, diciendo a sus carceleros que, por más que le quitaran, una cosa había que no le podían quitar: el miedo que tenía.

Fué bueno, porque se demostró que el humor de Muñoz Seca sigue vigente, con lo que se demuestra al mismo tiempo que el valor de este hombre de bien, con el que todos los españoles debemos sentirnos solidarios, era un auténtico valor. Y la verdad es que todos reímos la noche del domingo con las siete y media, que a más de una hora es un juego; con las banderillas del de Toro en lo más alto de la cruz por su arrojó al tomar Baños, con los melindres de Magdalena, que perdió un clavel carmesí, etc., etc.

Y fué bueno por la realización. Enmarcada en el fantástico escenario natural del castillo, Emilio Burgos logró una sencilla escenografía, perfectamente adecuada, sobre la que Gustavo Pérez Puig —otra vez acertado en su cometido de director— movió hábilmente la parodia. Añadiéndole salsa. Sobre la parodia que creó don Pedro, la parodia de la verdad, con ligeras puntadas a las representaciones de aire libre al uso, trompeteros con trompetas que no sueñan, largos cortejos con banderas y reyes en litera a lo Cleopatra, almenas iluminadas con soldados que se duermen en la guardia y demás.

Entre actores y comparsas; unos cien personajes. Más de la mitad, nativos. Y entre ellos, colado, algún veraneante, porque al final de temporada el bolsillo de papá ya se ha cansado y vienen bien unos duros por el trabajo de extra.

Mientras tanto, el castillo tenía cedidos a los fantasmas todos sus corredores, sus espaciosos salones, sus galerías, lamentablemente desconchados y sin suelo en las plantas altas. La parte baja está habitada por diez familias, que entre todas pagan al casero —el Marqués de Acapulco— mil pesetas al mes. Pero la noche del domingo todos los vecinos del castillo estaban asomados a los balcones o mezclados entre el público. Sólo quedaban dentro las cabañerías y los fantasmas.

(Reportaje gráfico: Leal.)

JOSÉ JAVIER ALEIXANDRE



## ESTIO DE GUERRA, ESTIO DE PAZ

# Batalla y esperanza a las puertas de Madrid

**B**RILLAN las paredes encaladas bajo el duro sol del estío madrileño. Hay flores en los balcones, y a las puertas de las casas, o bajo los soportales, hablan muchachos y muchachas, o los viejos cuentan cosas de sus días de ayer. Silencioso y luminoso, trabajador y alegre, Brunete alza a las puertas de Madrid su bruído caserío. Parece, blanco y espejeante, un pueblo de vida honda y verdadera, ganada a precio de sangre. El tranquilo ritmo de ahora, sosegado y esperanzado, tuvo, en otro estío, un latido de fiebre enloquecida. Fué en otro duro verano, sobre esta misma tierra, pelada y desigual. Nunca aquel sencillo nombre de Brunete, con sabor de diminutivo cariñoso, había despertado ningún eco en la Historia. Nunca vió sobre sí la luz de la curiosidad. Era, simplemente, uno de tantos pueblos de la geografía española, callado e ignorado. «Vivimos muchos días indiferentes por una hora que nos interesa», dijo en una de sus comedias don Jacinto Benavente. Para el pueblecito madrileño todas habían sido, hasta entonces, jornadas indiferentes. Hasta que la guerra, con aldabonazos de fuego y sangre, llamó a sus puertas: las casas, la tierra en torno, el cementerio donde hermanos y padres y abuelos dormían la infinita paz de la muerte. Recorriendo caminos de España, el viajero encontrará con frecuencia pueblos que se abren como sonrisas en nuestros llanos y en nuestros valles. En Extremadura, en Aragón, en Andalucía se perfilan los nuevos caseríos pregoneros de una vida distinta. Pero acaso ninguno de esos lugares que han ido naciendo desde 1939 ofrece tan aca-

bada perfección, tan firme voluntad de acierto como este Bruente alzado a las puertas de Madrid. Diríase que se le quiso dar fuerza y belleza de símbolo. La alegría de su caserío es el homenaje a los que allí hicieron, en servicio de España, roja la tierra. ¿Cuánta sangre empapó, en el sofocante estío de 1937, los suelos madrileños, a unos kilómetros sólo de la capital encadenada? ¿Cuántos últimos sueños de victoria besó el sol de aquellas horas encarecidas y dramáticas, cuando todo era incendio y metralla, brasa y sed? Resulta difícil imaginarlo hoy, ante la clara y risueña geometría del pueblo, tan bello en su línea, con tan fino sentido de la proporción.

La gran batalla ha cumplido ahora veinte años. Por aquellos días yo estaba en una cárcel madrileña. Era continúa la entrada y salida de detenidos. Un día, con su colchón al hombro, rumbo a una prisión enteramente femenina, vi salir a «La Preciosilla», cancionista del tiempo de las de «El último cuplé». Llegó, otro día, el catedrático Ramón Carante. El general Gallarza, con un sacerdote, daba largos paseos por la enorme nave en que nos agrupábamos todos. En un rincón, un capitán alemán de las Brigadas Internacionales, silencioso y hermético, había declarado la huelga del hambre. Todas las noches se abría la puerta de la prisión y unos milicianos, a la luz de unas linternas, leían unos cuantos nombres y se llevaban a los detenidos.

Por uno u otro camino, siempre llegaban allí noticias de la guerra. Eran los días de la campaña del Norte. Bil-

bao había caído, y en los valles y montes cantábricos podía en verdad decidirse la lucha definitivamente. El Norte representaba el carbón, el hierro, la metalurgia, los puertos, los barcos. Acabar con el Norte suponía la anulación de muchos kilómetros de frente, el desplazamiento de fuerzas importantes hacia otros objetivos, la posibilidad de nuevos combatientes. Allá, en la prisión, todo esto era tema de comentario, esperanza y cábala, y un nombre, el de Santander, se encendía en los detenidos con una luz optimista.

Alguien, aquel estío, trajo a la prisión la noticia, que se esparció con una resonancia agorera: ha habido una ruptura del frente nacional en las cercanías de Madrid. El mando rojo ha atacado ferozmente, con un derroche de medios materiales desconocidos hasta entonces. La hora es grave. Dos razones pesan para perfilar esta gravedad de la batalla que ha empezado. Una, segura paralización de la campaña del Norte; otra el posible desplome del frente madrileño, que puede ser envuelto por la espalda, con la amenaza de movimientos y avances de imprevisibles consecuencias. Nombres hasta entonces desconocidos saltan a los partes de guerra: Quijorna, Los Llanos, Villanueva de la Cañada, Villafranca del Castillo, Villanueva del Pardillo... Centrando toda esta geografía madrileña, Brunete: imán de sangre y fuego, tierra crepitante bajo el sol y la metralla, suelo reñido palmo a palmo.

Estaban los ríos de la zona (el Aulencia, el Perales, el Guadadrama) casi secos por el estiaje. La tierra ardía y el sol del verano parecía quemar el aire. En lo alto de Torreldones, en el Canto del Pico, se ha instalado el mando rojo. Nunca éste había concentrado un ejército tan potente como en aquellos días: 50.000 hombres, 128 carros de combate, 20 baterías, 150 aparatos de bombardeo, caza y reconocimiento. Frente a este alud material humano, el frente nacional era débil, por tratarse de una zona de frente estabilizado: unas banderas y centurias de Falange, el batallón de San Quintín, doce piezas antitanques,

batería y media... Se resistió hasta el límite, se murió pegándose al terreno, se esperó.

Desde lugares distintos afluyen hacia aquel abrasado centro de España trenes y convoyes. La batalla se encarna y endurece. Ya el Ejército nacional, ágilmente puesto en línea de combate, tras la sobrehumana resistencia de los falangistas, de los voluntarios, de los infantes de San Quintín, actúa con impetu denodado. Brunete es reconquistado, para volver a caer y ser ganado de nuevo, y pasar de una a otra mano en un juego trágico y enloquecedor. Hasta que la batalla se decide a favor de Franco. Ha sido tal el desgaste rojo, que en las líneas nacionales se piensa en la explotación del éxito. Acaso, en un empujón definitivo, Madrid puede caer. Pero Franco da la orden de detenerse, de fortificar la línea.

«Es necesario conquistar Santander y acabar con la guerra del Norte. No tengo más que unas cuantas semanas para ello. Luego vendrán las nieblas, las lluvias, la nieve en los altos picos... Comprendo que podemos echar abajo el saliente de El Escorial, pero esto supondría aplazar «sine die» la victoria del Cantábrico.»

Acaba la batalla de Brunete, y la guerra en el Norte sigue: Santander, Asturias, todo el frente es dominado. Se entra así en el otoño de 1937. Veinte años ya. Sobre el dolor de entonces, con gallardía de símbolo, se alza hoy, en el escenario del drama, el caserío de Brunete.

Fué aquí, en estas tierras abrasadas de sol, donde lucharon y murieron los hombres de la Legión y de los Tabores, los de las Brigadas Navarras, los de San Quintín, los de las banderas falangistas... De su sangre hermana y pródiga ha nacido esta vida alegre y confiada del pueblo actual, emblema de la paz española. El estío de hace veinte años fué la dramática raíz de un fruto luminoso: el alba de España, representada en la nueva arquitectura de Brunete.

José MONTERO ALONSO





# EL CARDENAL CISNEROS

BIOGRAFIA DE UN GRAN HOMBRE

por

Antonio Cantó Téllez

(3)